

## La realidad invocable

Oscar del Barco

En el *Discurso de Bremen* Celan dice que “los poemas están en camino: se dirigen a algo. ¿Hacia qué? Hacia algún lugar abierto que invocar, que ocupar hacia un tú invocable, hacia una realidad que invocar”. Habla de sus poemas, por sobre toda controversia respecto al posible sentido del poema, de la poesía, está la capa de tierra de dolor, del surgimiento, y, más allá, del otro que lo recoge y lo concluye, el tú. Sin el que lo alza, “en la playa del corazón” según sus palabras, no existiría lo que llamamos poema, el cual se dirige, por una parte, hacia lo “abierto” que llamamos poema, que se homologa al tú, y, por la otra, hacia una “realidad” invocable.

Si todo poema posee de manera incuestionable una estética, implícita en lo más propio de su experiencia, de su habla, la de Celan es una estética del dolor y de la redención. Alejado de todo juego, aun reconociendo, más hondamente, que todo lenguaje poético implica un momento de juego, de arbitrio y azar, un juego siempre inédito producto de una suerte de abreacción que irrumpe en la lengua dislocándola, llevándola al sinsentido del origen para luego rearmarla, paradójicamente, como donación, Celan se somete al dolor, y lo que así llega a la playa del tú es un mensaje (su metáfora de Bremen es la botella que el naufrago arroja al mar con un mensaje); pero el mensaje no es algo ajeno a las palabras y dicho por las palabras, el mensaje “es” las palabras despojadas de función representativa, palabras rotas, cortadas, invertidas, puros sonidos sonando en la intemperie del ser, como ser, y no obstante siempre con la presencia, o milagro de la presencia ellas mismas presencia última de revelación del ser. El ser las dona, nacies, y las recoge y las brinda, sin más que eso. Pero ¿el ser? También “ser” es una palabra; podríamos decir, como Celan, la realidad invocable, o no decir nada, sólo advertir que

*eso* llega (sin término), que *eso* surge sin razón, sin causa, y que a esa no causa y no razón la podemos llamar, porque no podemos dejar de intentar el nombre, ser, o lo que uno quiera, pero lo innegable es que allí hay algo, que *eso* viene, ilumina, dice, y que la prueba de ese decir es el poema, no lo que el poema dice, porque en realidad no dice nada, sino que el poema en cuanto es dice, sacado de la charla cotidiana y elevado a ofrenda, a himno.

Digo que en todo poema hay una estética y es un exceso, más bien tendría que decir que hay ese algo que se hace en Celan, que Celan gesta a costa de su vida y su muerte, el poema, pues la estética, ni implícita ni explícita, sino siendo, es el poema. Una estética, el poema, alejada de toda clausura esteticista, que se fascina en el brillo de la lengua como belleza, pura en su carga de tragedia, asumida como de todos. Por eso pudo decir de uno de sus poemas más difíciles: "absolutamente no-hermético"; quiso decir algo así como esto se alza de la tierra y es lo que es. Con la Shoah sobre su alma, ¿cómo su poesía no iba a ir a la extrema punta del dolor de las víctimas? Allí, en el exterminio, en la desmesura del sacrificio, lo que habla es el dolor que asciende a lo libre, recorriéndose y proyectándose, clamando por una redención que sólo puede ser humana, que sólo compete a los hombres, en el poema, aquí el de Celan, y Celan es el nombre efímero y también eterno del dolor que accede al habla del canto y nos cubre a todos con su voz que no dice nada, nada de cosas o dice nada, y sí dice todo, una única palabra que salva, redimiéndolo, a ese *tú* que en la playa del espíritu recoge el mensaje sin mensaje del poema, que es él mismo, el "lector" conmovido y transustanciado, dándole al poema la corona de su aceptación y de su fin.